



### CAPÍTULO III

Continuación.— Los anti-iberistas.— Distinción de los tres pueblos, iberos, celtas y vascones.— Aparición de un tercer sistema que los hace turanios á todos.— Declárase el autor excéptico en esta materia.

**D**ESCOMPONER las palabras éuskaras en sílabas, y aun en letras, calificadas de raíces, formando voces arbitrarias á las que se aplican significados convencionales: inventar etimologías, y forjar de este modo una lengua inspirada y hierática, semisagrada, filosófica, capaz de expresar todo lo más abstracto y sublime de la teodicea y de la ética, de la cosmogonía y de la geognosia, de la astronomía, del cálculo, de todas las ciencias en suma, útiles y especulativas; y deducir de esta lengua perfecta y admirable la existencia de una raza superior á todas las otras razas de la tierra, fué lo que hicieron con el idioma y el pueblo

vascogado en la pasada centuria los filólogos de la escuela etimologista, Larramendi, Perochegui, Astarloa y Erro, y el mismo Guillermo de Humboldt á pesar de haber censurado la manía de etimologizar de su tiempo. En nuestros días, el ingenioso lexicógrafo francés á quien hemos consagrado casi todo el precedente capítulo, con esta misma poderosa palanca de las etimologías, auxiliada de la más brillante imaginación y de conocimientos científicos nada vulgares, ha removido la tierra en que descansaba la desacreditada teoría etimologista, cortando en cierto modo el rumbo que el problema de los orígenes del éuskaro había empezado á tomar por virtud de otros más provechosos estudios (1); y con un deslumbrador poema en que fundé tradiciones bíblicas con mitos paganos, el Génesis y los poetas helenos, las verdades científicas con los delirios de la fantasía, ha condensado en la leyenda de *Aitor* todo cuanto en honor del sistema de la homogeneidad ibero-vascona podía imaginarse en la región indefinida del idealismo filológico. *Aitor*, según ha visto el lector, es el patriarca éuskaro sin época determinada: unas veces parece el padre común de la especie humana, otras el Noé éuskaro, tronco de las naciones salvadas del gran naufragio; ya se asemeja á Cadmo, el padre de la civilización de la Beocia; ya á Deucalión, ya á Ogiges. Y los vascófilos

(1) Á las afirmaciones de la escuela etimologizadora habían sucedido, en efecto, disquisiciones más útiles, á que acaso contribuyó la especie vertida por el mismo Humboldt de que no bastaban ciertas analogías para deducir que el vascuence pudiera derivarse de las lenguas que en América se hablaban, ni formar parte de la misma familia. M. Antoine d'Abbadie en sus *Prolegómenos á los Estudios gramaticales sobre la lengua éuskara* de Chaho; Schleicher en su *Revisión sistemática de los idiomas europeos*; Mahn en sus *Monumentos de la lengua vasca*; Alfred Maury en un libro sobre *La tierra y el hombre*, y Charencey en sus *Afinidades de la lengua vasca con los idiomas del nuevo mundo*, aún persistiendo en la idea, acaso errónea, de las analogías entre los idiomas americanos y el vascogado, sacaron la cuestión de los orígenes de éste del laberinto etimológico donde estaba encerrada sin adelantar un paso.—Otros vascólogos, como Vinson, Edwards y el Abate d'Iharce de Bidassouet, han sugerido otras teorías y notado otras similitudes; y lo mismo han hecho el príncipe Luís Luciano Bonaparte y el alemán C. A. Arndt, acreditándose mucho la especie de que el vascuence, idioma aglutinante, y no de flexión como las lenguas aryas y las semíticas, pertenece á la misma familia del finlandés, del lapón y del magyar.

de ahora, estimulados por la ruidosa acogida que ha alcanzado la fascinadora epopeya léxico-etnológica de Chaho, han renovado con todo el ardor de que es susceptible la gente vascona, la reñida batalla con los *anti-iberistas*.

En la falange de éstos, que cuenta ya con nombres tan autorizados como los de Vinson, Charencey, Cristián Amadeo Arndt, Bladé, Max Müller y d'Abbadie, ha venido últimamente á ocupar el puesto de honor un humanista y arqueólogo español ya muy conocido por sus profundos estudios sobre la epigrafía latina, el cual con erudición prodigiosa y perspicacia nada común, analiza, desmenuza, compagina y confronta todos los testimonios de los antiguos escritores griegos y latinos para investigar la procedencia de los vascones; y como resultado de su larga tarea, consigna, no sin cierta loable desconfianza, esta conclusión: «*por todo ello he deducido que los Vascones, á juzgar por su idioma de hoy, fueron turanianos, que en apartadísimas edades arribaron nómadas á las montañas pirenaicas, como también en épocas remotas sus congéneres á la Persia, á la Media y á la Armenia*» (1).

En un rincón de las montañas de la Vasconia, dice este escritor, permaneció una tribu que no era celta ni ibera, extraña por muchos siglos al movimiento que en las demás de la península se venía verificando desde las invasiones fenicias, griegas y cartaginesas, que no penetraron en sus enhiestas sierras, hasta la romana. Las tribus colindantes con la Vasconia en el período romano, eran todas iberas ó celtíberas; y en la época gótica, con la extensión que aquella comarca logró alcanzar de la una y de la otra parte de los Pirineos, los vascones de la Aquitania siguieron lindando con los iberos, como los navarros hispanos

(1) *Los bronce de Lascuta, Bonanza y Aljustrel que publica Manuel Rodriguez de Berlanga*; Málaga, 1881: Introducción, cap. III, §. III. Vascones.—Debemos un ejemplar de esta voluminosa y preciosa obra á la bondad del mismo autor, el cual no la expende y sólo por amor á la ciencia escribe, imprime y regala sus producciones.

con los celtíberos, mientras los vizcaínos y guipuzcoanos absorbieron y ocuparon poblaciones célticas. De las continuas alianzas con sus vecinos de la banda de acá y de la banda de allá de las fronteras de ambas naciones, debieron de producirse, y se produjeron, como los etnólogos modernos aseguran, entre los vascones nacidos de la mezcla de sus progenitores con gente céltica pura ó celtíbera, ó bien de la otra parte de los montes, con los iberos, notables variedades, que señalan en nuestros días cuantos han estudiado los cráneos *franco-vascones*, comparándolos con los *hispano-vascones*. Estas mismas alteraciones acentuadísimas de los vascongados de hoy, entre sí y con relación á sus ascendientes, como consecuencia inmediata de sus cruzamientos, se refleja necesariamente en el idioma, el cual se disgrega en diversos dialectos y subdialectos en la Vasconia española como en la francesa, absorbiendo al fraccionarse numerosas palabras de los demás idiomas que á su alrededor se hablaban, siguiendo aún después el mismo sistema de asimilación entre las lenguas modernas que están en uso en los países vecinos de la una y de la otra Vasconia, y el mencionado vascuence. De aquí deduce que ni los vascongados de hoy conservan la pureza de raza que muchos han pretendido, ni el idioma que hablan ha llegado á nosotros en toda su integridad arcaica, defendida con tanto calor por los hijos de aquellas comarcas. Desde el *Impossible vencido* de Larramendi (dice) publicado en Salamanca en 1729, hasta la *Grammaire comparée des dialectes basques* de Van Eys, impresa en París en 1879, ha mediado siglo y medio de trabajos no interrumpidos sobre este idioma, merced á los cuales en la actualidad es bien conocida su especial estructura, sabiéndose sin género alguno de duda que pertenece á la familia de los turanios, en que se comprenden algunas lenguas vivas europeas y varias americanas. Los estudios comparativos entre dichas lenguas del viejo y del nuevo mundo con el vascuence, han venido á confirmar las semejanzas de varias de aquellas con ésta, acusando una marcada analogía de origen en un pasado

más ó menos remoto. De esta manera los progresos que se vienen haciendo en el conocimiento del habla vascongada, van descubriendo los oscuros horizontes de la procedencia de este pueblo misterioso, que en nuestros días ha logrado ser clasificado con alguna certidumbre entre los turanios, como consecuencia de los adelantos lingüísticos llevados á cabo hasta el presente.

Á esta deducción de la filología, agrega el Sr. Berlanga como poderosísimo argumento la perfecta concordancia que con ella guardan ciertos datos transmitidos por los historiadores: datos en que creemos no se había reparado hasta ahora; y en esto resalta la perspicacia de nuestro crítico malagueño. De la confrontación de dos textos, uno de Varrón y otro de Salustio, véase cuánta luz resulta. Afirma Marco Terencio Varrón, arqueólogo famoso del siglo de Augusto, que parece haber estudiado detenidamente los orígenes de la Hispania, que á esta región cispirenaica vinieron los *Iberos*, los *Persas*, los *Fenicios*, los *Celtas* y los *Cartagineses* (1). Y un rey africano llamado Hiemp-sal, que escribió en idioma púnico sobre la procedencia de las varias gentes de aquel país, en la misma centuria varroniana, aseveró (según la versión que de su obra hizo Salustio) que una banda de Medos, de *Persas* y de *Armenios*, habiendo perdido su jefe en España, se embarcaron para el África y ocuparon allí los lugares más próximos al Estrecho (2). ¿Quiénes fueron esas gentes que bajaron del Asia á poblar la España y el África según las tradiciones recogidas en los lugares mismos por los escritores del siglo más floreciente de Roma? Las dudas sólo pueden referirse á los *iberos* y los *celtas*. — Del testimonio de los geógrafos griegos de más crédito en la antigüedad, Stra-

(1) PLIN. H. N. 3, 8. In universam Hispaniam M. Varro pervenisse Iberos, et Persas, et Phoenices, Celtasque et Pœnos tradit.

(2) SALLUST. *Iugurl.* 17 y 18.

bón y Scylax de Caryanda (1), se desprende que en toda la ancha faja de terreno comprendida entre la desembocadura del Garona y la del Ródano, y en dirección casi paralela á la cordillera pirenaica, se hallaban en lo antiguo establecidas diversas tribus ibéricas que por muchos siglos vinieron ocupando aquella región de las Galias. Larga era en verdad la peregrinación que los tales iberos traían. Salidos, según hoy se supone, de las regiones que el Iagartes y el Oxus atraviesan, donde se encontraban las felices mansiones del *Airyana Vaega* (2) numeradas en el primer *Fargard* del *Vendidad del Avesta* (3), bajaron de las costas del Aral á las de la antigua Hircania en el mar Caspio, por cuyas orillas llegaron á la falda meridional del Cáucaso, donde se instalaron (4). Al fijar sus tiendas en el suelo de estas nuevas tierras, dieron su nombre á uno de aquellos ríos (5), desde cuyas márgenes, henchidas de multitud de emigrantes, debieron de salir empujados por las mismas muchedumbres que no cesaban de afluir, viniendo de las regiones del lago Oxiano unas y otras tribus de Iberos, que siguiendo las playas meridionales del Ponto Euxino, hoy mar Negro, pasaron por el Bósforo, al sur de la Tracia, donde por algún tiempo se detuvieron, imponiendo á otro río la denominación de *Ebrus* (6). Al plegar de nuevo sus tiendas encaminándose al occidente, dejaron en aquellas regiones establecida una gente que llamaron de los *Astas* y otra conocida por los *Bessi* (7), cuyos nombres traen á la memoria los de dos antiguos pueblos de la Bética, *Asta* y

(1) Aunque Scylax era natural de Caryanda en el Asia Menor, escribió en griego.

(2) SPRUNER-MENKE, *Atlas antiquus*, tab. 2. *Orbis terrarum regnii Assyrii tempore*.

(3) AVESTA, trad. Harlez, I, p. 82 á 88. Véanse también las notas.

(4) STRAB. 2. 5. 12.—STRAB. 11. 3.—STRAB. 11. 14. 1.

(5) PLIN. H. N. 6, 29. *Iberum amnem*.

(6) PLIN. H. N. 4, 40 y 41. *Hebrus amnis*.—No verificamos las citas de los autores á quienes se va refiriendo el Sr. Berlanga, porque fiamos en la exquisita diligencia de tan concienzudo escritor.

(7) PLIN. H. N. 4, 40.—STRAB. 7 fr. 47.

*Vesci* (1). Siguiendo el derrotero que al parecer se habían trazado hacia el oeste, cruzan la Tracia y la Mesia, encuentran el Adriático en los confines de la Iliria y continuando su camino por las playas venecianas, las dejan por seguir las orillas del Po en sentido contrario á su corriente, penetrando al fin en las Galias, dirigiéndose por las costas mediterráneas á las estribaciones orientales de los Pirineos, donde se detienen ante un río que en aquellas cumbres nace, al que denominan *Iliberis*, en cuyas márgenes fundan el primer pueblo que conmemora su arribo á estas comarcas (2), dándole el mismo nombre que muchos siglos después escriben con los caracteres que los Tirios les enseñaron, bajo la forma ibérica que se lee ILVRIR y los romanos pronunciaron ILiVeRIR, que pudo acaso significar *el ibero*. Desde este centro de sus futuras expediciones, se dirigen los mencionados iberos al oeste hasta encontrar las playas del Atlántico, ocupando al pié de las vertientes septentrionales de los Pirineos la porción de las Galias á que dieron el nombre de *Aquitania*, en cuyo territorio levantaron también una ciudad con el nombre de *Iliberis*, que los manuscritos de Mela y del Itinerario (3) presentan bajo diversas formas erradas (4), y otra que denominaron *Iluro* (5). Numerosas tribus iberas continúan afluyendo á las fronteras de las Galias; y separándose del camino ya tan conocido de la Aquitania, se dirigen al mediodía siguiendo las costas del Mediterráneo, penetrando en las tierras españolas, aún innominadas á la sazón, por las comarcas donde más tarde los colonizadores rhodios y focenses fundaron á Rhoda y Emporion. Allí, cerca del mar, levantaron otro Ilu-

(1) STRAB. 3. 1. 9.—STRAB. 3. 2. 2.—PLIN. H. N. 3. 10. 11.

(2) STRAB. 4. 1. 6. habla del río y de la ciudad de *Iliberis*.—PLIN. 2. 244 y PTOLOM. 2. 10. 9. sólo de la ciudad.

(3) *Itin. Ant.* p. 462, ed. Wessel: p. 221 ed. Parthey et Pinder, *Climberrum*.

(4) *Eliumberum, vicus Eliberræ. Eliberia, Eluimberrum*. V. á Berlanga, obra citada, p. 87, not. 3, donde cita diligentemente las ediciones de Mela, Strabon, Plinio y Ptolomeo, y los mss. Vaticano, Florentinos y Vratislaviense, de los cuales ha tomado estas variantes.

(5) *Itin. Ant.* p. 453 ed. Wessel: p. 216 ed. Parthey y Pinder.

ro (1), y llegando al primer río caudaloso, le dijeron *Iberus* (2), como al de la Iberia Caucásiana y al de la Tracia, erigiendo en su orilla una ciudad del mismo nombre. Desde el Ebro á los Pirineos, desde el Gállego al Mediterráneo, se extendía la fértil región de las Españas ocupada al principio por aquellos primeros pobladores, por cuyo nombre la llamaron Iberia los griegos (3), y primer solar de la raza arya en la Península. Cuando en tan estrechos límites no cupieron los iberos, engrosados de continuo por nuevas inmigraciones, pasaron el Ebro y se dilataron por las tierras que baña el Mediterráneo, penetrando en la que había de llamarse más adelante Bética, y en las faldas de Sierra Elvira, á alguna distancia de la actual Granada, alzaron los muros de otra *Illiberis*, como en las cercanías de la fenicia Málaga otra Iluro. — Extendiéronse asimismo los iberos por el Betis, el Anas, el Tagus y el Durius, y cuando los várdulos, que como los Turdulos y los Vastulos eran iberos también, llegaron á las inmediaciones de Oiaso, ya los vascones se habían establecido en la tierra del Gállego á Fuenterrabía y del Ebro á los Pirineos. — Continúan por algunos siglos las tribus ibéricas ocupando estas comarcas, cada vez más henchidas de moradores por las repetidas entradas de nuevas muchedumbres de inmigrantes, cuando otra gente penetra en grandes masas para disputar sus posesiones á los primitivos pobladores de España.

Eran estos los *celtas*, á quienes los griegos y romanos llamaron también *galatas* y *galos*: de origen aryo como los iberos (4), y como ellos procedentes de las márgenes del lago Oxiano, desde donde en tribus compactas y en oleadas no interrumpidas habían bajado á las faldas del Cáucaso, dando allí por terminada su primera etapa. Al empuje de otras nuevas

(1) PLIN. H. N. 3. 21 y 24.

(2) LIV. 26. 28. urbem a propinquo flumine Hiberam appellatam.

(3) SCYLAX, *Perip.* 2, p. 15 ed. Car. Müller.

(4) Así se colige de los restos de sus antiguos dialectos recogidos por Zeuss y Dieffenbach: *Grammatica celtica edit. altera*, 1871, del primero, y *Origines Europææ*, 1861, del segundo.

hordas, allí también venidas de las mismas remotas mansiones del Asia, se vieron precisados á buscar por ruta insólita nueva tierra en que fijarse, y siguiendo las costas meridionales del Ponto Euxino, llegaron al Bósforo de Tracia, desde donde marcharon hacia el Norte, encontraron el Danubio, y por sus orillas caminaron en dirección opuesta á su corriente. Por esta vía hubieron de llegar á la Panonia, al Nórico y á la Vindelicia: de su paso por aquellas comarcas quedaron testimonios en las varias poblaciones que fundaron, como Artóbriga, Drusomagus y Juliomagus, y Brigantium. Hubieron luego de atravesar el Rhin en dirección del Ródano, erigiendo al oeste del lago Véneto y cerca del Lemanus otras poblaciones, y después, en las mismas márgenes del Ródano, á Lugdunum y Senomagus, y en las del Garumna (Garona) á Casinomagus y Noviomagus, al norte de Tolosa y de Burdeos respectivamente, tomando posesión de las Galias. Teniendo ya los iberos ocupada la Aquitania, establecieron los celtas entre las faldas alpinas y las risueñas costas de la región que tomó mucho más tarde el nombre de *narbonense*: hasta que, por un acontecimiento que ha quedado desconocido, se vieron impelidos hacia los Pirineos y obligados á penetrar en la Hispania, sin duda por la parte occidental de esta cordillera, teniendo que arrollar á los vascones que por allí moraban, y que á la sazón carecieron de fuerzas para impedir á las tribus célticas el paso al Bidasoa (1). — Hacia aquel tiempo, algunas de estas tribus celtas de las Galias, llamadas *galatas* por los griegos y *galos* por los latinos, según queda dicho, debieron de penetrar también dentro de la península ibérica por los valles que van á dar al *Gallaicus* (hoy Gállego), y siguiendo el curso del Ebro hasta las inmediaciones de Zaragoza, torciendo desde allí al occidente, por el mismo río corriente arriba, y yendo á establecerse en las costas del Atlántico desde la desembocadura del Due-

(1) Apoya Berlanga esta narración en textos de Varrón, de Strabón y de Ptolemeo. — V. obr. cit. págs. 89 y 90.